

Últimas Gotas

Todo comienza unas décadas después del comienzo del siglo XXI, o eso creemos, pues la noción del tiempo es una de las cosas que ya hemos perdido.

El mundo está sumido en un caos total...Algunas la bautizan como la III Guerra Mundial, pero, yo pienso que no es un nombre adecuado, ya no existe un “mundo” semejante al que estábamos acostumbrados. Los gobiernos, los países tal y como los conocíamos, las fronteras, las leyes, las autoridades, la educación, los derechos...

Los continentes más pobres han desaparecido por completo: son desiertos provocados por la guerra, son la tumba de las millones de personas que los poblaban. Solo se puede considerar zonas habitables Europa y América.

A día de hoy, existen tres grandes fuerzas militares que tienen el control sobre el planeta: los Estados Unidos, que han llegado a extenderse por casi toda América; la Nueva Unión Soviética, que domina la zona norte de Asia y el este europeo; por último, el Estado Occidental, una organización que reúne los países del oeste de Europa y el litoral marroquí.

Los supervivientes de la guerra son considerados herramientas para conseguir el tesoro máspreciado de la actualidad, el petróleo, cuya fuente única y principal se encuentra en la antigua Arabia Saudí. Nosotros somos las armas de los altos cargos, o la Élite, como así se hacen llamar. Vivimos confinados en diversos campos de concentración, rodeados por cuatro gruesos muros de hormigón: “Las Murallas”, las inescrutables barreras que nadie ha conseguido atravesar por voluntad propia jamás, o eso es lo que se quiere difundir.

En mi caso, convivo con otras nueve personas desconocidas en una especie de albergue. Nuestras condiciones son pésimas y por si fuera poco, estamos obligados a permanecer dentro de nuestras paredes a menos que recibamos un aviso de enfrentamiento. Todo aquel que ha salido del albergue en otras circunstancias no ha vuelto a entrar...

Allí, conocí a Oliver, un joven de origen francés que rondaba mi edad, fue la única persona con la que he tenido relación todos estos años. El resto de compañeros son personas aisladas, frías, que evitan el contacto con cualquier otro.

Oliver me hablaba de como era su antigua vida antes de que todo esto ocurriera: él vivía en Rennes junto con sus padres y sus dos hermanos. Estaba en la universidad, estudiando ingeniería química; siempre me decía que le apasionaba la ciencia, que era un as en ello e incluso me confesó su sueño: ser reconocido en todo el país por sus descubrimientos.

Algún que otro día, Oliver abandonaba el albergue, todo lo llevaba en secreto y lo único de lo que yo tenía constancia era que la Élite Occidental lo reclamaba. Cuando volvía no era él mismo, de hecho no volvía a hablarme hasta pasado un tiempo.

Tenía que llegar el momento en el que todos los que estábamos recluidos entre “Las Murallas” tomáramos cartas en los asuntos de la Élite. Un día cualquiera, un grupo de militares invadió nuestro albergue, obligándonos a abandonarlo, como pudimos observar también ocurrió al resto de Instrumentos, el nombre que di al resto de reclusos.

Todos los Instrumentos éramos trasladados hasta el centro del campo, donde se encontraba la base de la Élite. Allí nos vestían y nos armaban; tenía toda la certeza de que lo peor estaba por llegar. Decenas de aviones estaban listas para despegar, faltaba la carga. Nosotros éramos la carga, los militares nos dividieron en grupos de unas 100

personas; por suerte o por desgracia, Oliver y yo continuamos juntos, el uno era el apoyo del otro.

Éramos miles de personas las que emprendimos nuestro viaje, posiblemente no regresáramos y todo por unas últimas gotas de un material que el mundo no supo aprovechar: aun existiendo otras alternativas prefirieron desatar una guerra.

Cuando los aviones aterrizaron, todos salimos asustados y de la misma manera que salimos del campo, obligados, tuvimos que avanzar. Posiblemente tendríamos que afrontar nuestro destino, enfrentarnos contra gente inocente que tal vez esté en nuestra misma situación solo por el deseo de otros. Nadie estaba seguro, pero el hecho más factible es que estuviéramos en Arabia Saudí, el epicentro del desastre. Allí, nuestra Élite, el Estado Occidental tenía la intención de acabar de una vez por todas con las fuerzas militares del resto de organizaciones de una manera atroz.

Llegamos a una explanada con numerosos escombros. Delante nuestra se encontraban otros dos frentes. ¿Por qué teníamos que hacerlo? Esa era la pregunta a la que todos teníamos miedo de responder. Aquellos miles de personas que teníamos delante comenzaron a avanzar ferozmente hacia nosotros, había comenzado.

Poco tiempo pasó y se escuchó un terrible estruendo desde el cielo seguido de un fino sonido que se asemejaba a un chillido. Segundos después, vimos como un artefacto caía efectivamente, de lo alto del cielo. Un destello cegó mi visión y acto seguido un ruido ensordecedor tuvo lugar...

Desperté, desconcertado y sin poder mover un ápice de mi cuerpo. Todo lo que pude distinguir a mi alrededor era muerte. Lo que iba a tener lugar allí no era una batalla, era un suicidio, una distracción... Los Instrumentos habíamos atraído al resto de fuerzas

militares para que La Élite Occidental precipitara un explosivo que arrasara con todo a su paso, definitivamente habían completado su misión.

A unos metros míos pude distinguir una cara familiar, Oliver. El humo de la zona no me permitió distinguir la verdad. Oliver tenía el vientre atravesado por los restos de una viga. Aquella imagen fue algo que no voy a poder olvidar jamás. Las lágrimas recorrían mi cara y caían hasta la tierra calcinada. Mi único verdadero amigo estaba pasando por sus últimos momentos.

Antes de morir, quiso confesarme que los días en los que la Élite lo reclamaba era para la fabricación de ese explosivo. No podía terminar su vida sin quitarse tal peso de encima, aunque no tuviera culpa de nada. En su último aliento me dio las gracias por todo lo que había hecho por él, por poco que fuese.

Intenté huir de aquel espantoso lugar. Avancé poca distancia cuando quedé tendido en el suelo, las piernas me fallaron. No recuerdo más de esos angustiosos instantes.

Cuando desperté, pude ver una silueta de un hombre de alta estatura. Llevaba una capa negra que le cubría todo el cuerpo y una máscara del mismo color, por lo que no pude distinguir sus rasgos faciales. Estábamos en una costa, unas diez personas más estaban sentadas a unos metros. Podía disipar un pequeño barco en el mar. Él me habló de un nuevo renacer, de una nueva tierra. Embarcamos junto con el resto hacia uno de los numerosos archipiélagos griegos. Allí, pude contemplar como una pequeña ciudad se alzaba en una colina cerca de las aguas cristalinas de aquel sitio.

Efectivamente, cuando llegué pude asegurarme de que el enmascarado estaba en lo cierto: una nueva civilización se alzaba mientras los desechos de la humanidad se peleaban por unas gotas. Aquella ciudad fue bautizada como Génnesi, nacimiento en lengua griega.

Hoy, soy uno de los cientos de personas que ocupan Génnisi y he escrito mi biografía para poder dar constancia de las injusticias y las atrocidades del antiguo mundo, para que no se vuelvan a repetir.

Colaboré en la evolución de la ciudad, en la búsqueda de nuevos miembros, para formar una nueva sociedad. Una sociedad que vive de los recursos naturales, sin dañar el medio ambiente y sin utilizar la violencia. Una sociedad en la que los pilares fundamentales son la paz y la igualdad.

*** La parte más cruel de la humanidad se ha extinguido. Pero una nueva rama ha resurgido de sus cenizas ***